El prólogo de sus vidas: Cuando acaban las historias

NoMago

Image not found.

Capítulo 1

Historias

-¡Escuchad! ¡Atentos! ¡Esta no es la historia de Davyen y su maestro! ¡Ni la de Vasily, primer mago de todos los tiempos! ¡Aún menos de MedioHacedor! ¡Esta no es la historia de los Rebeldes de Ishtar y los Nuevos Reinos, ni de las tierras más allá del firmamento! ¡Esta no es la historia del mago más bueno y malo de todos los tiempos, no es la historia de Gris Lamento, ni la caída de los Reinos!

Las mujeres y los niños se revolviéron cerca a las hogueras, el fuego quedaba empañado por los árboles. Más adelante el grueso del ejército de la Antecámara se preparaba para el que capaz sería el último combate por la caída de los Reinos.

-¡Escuchad! ¡Atentos! Esta es la historia de Jaskier y su compañero.

La multitud pareció alegrarse, pero nada más eso. Cada vez era más difícil arrancar una sonrisa de los labios de un niño o el brillo voraz por cualquier historia de sus ojos.

-Esta es la historia dentro de la historia. Esta es Cuando acaban las historias. — Volvió a canturrear con voz melodiosa el que se hacía llamar ÚltimoJuglar. — Y así empieza...

Capítulo 2

Dio otro trago. La cerveza, amarga y fría, se deslizo lentamente por su garganta, dejándole un picor refrescante a su paso; y por un momento, solo un momento, Noah creyó por sobrellevar aquel lugar. Su vaso quedo vacío al rato, el líquido parduzco le dejó un leve cosquilleo en la barba de tres días que le rodeaba la boca y disfrutó los efímeros vestigios de aquel néctar. Todo brevemente, como la caricia de una doncella que trata de no parecer indecorosa con aquel gesto, fugaz y deliciosa, que al retirarse solo deja confusión y en muchos casos angustia. Así le paso con la cerveza y ese lugar. Su doncella y su realidad.

Se revolvió en su banca, incómodo, el licor le hacía pensar mucho, no le gustaba.

Levantó la vista de su vaso. Una fila de botellas de distintos colores escrupulosamente ordenadas de acuerdo a la intensidad con la que refulgían ante las lámparas colocadas en los laterales de la barra lo recibieron animadamente. Bueno, como sólo podía hacerlo un licor fuerte, con su fragancia, con aquel amargo pero tan atractivo olor que le daba un matiz áspero a la atmosfera de aquella taberna. Era lo mejor que había percibido en varios días, los tiempos eran duros a pesar de encontrarse en la ciudad, e incluso prometían ser peores.

Según el Cano, eso sería lo mejorcito que vería en varios ciclos, ese lote de licores pertenecía a la última importación de aquella gama que se había aventurado por el rio Stiria a la ciudad, antes de que la Guardia fortificara el puerto y hundiera todo navío, barcaza o bote que se dirigiera o viniera del norte, de Sillium. No era pues secreto. Indria se encontraba actualmente incomunicada con las demás ciudades-feudos del norte. Eran la ciudad avanzadilla ante las revueltas rebeldes que solo tomaban ciudad tras ciudad, provincia tras otra. Según el Cano, ese bendito lote salvado de las manos tanto rebelde como de la Guardia estaría precisamente en esa taberna, donde si él aceptaba...de paso podría haber echado un vistazo. Noah aceptó antes siquiera de preguntar el nombre del local o donde se ubicaba, lo maldijo cuando con un ágil chiquillo le había pasado la dirección de precisamente aquel lugar, lo maldijo doblemente cuando en camino al local reparó en que al ser la última importación el precio estaría por las nubes y tendría que conformarse con cerveza mal destilada para sobrellevar el trabajillo, y aun así no le alcanzaría para otra.

Dinero, pensó

Noah se llevó la mano al saquito de cuero que colgaba de su cuello, pero incluso antes de que lo apretara sabía que no encontraría ni un mísero hierro. Aun así, aunque hubiera contado con los recursos el sentido común le gritaba que había cosas más apremiantes en las que gastar el

poco dinero que podría caer en sus manos. Pero Noah no le había hecho caso al Sentido Común, sino, en primer lugar, no estaría precisamente ahí en la taberna más peligrosa del área septentrional de Indria donde incluso en la corte del Gobernador Oslo Vandrien, se sabía que acudían simpatizantes rebeldes.

Un hombre lo empujó contra la barra, bailando había perdido el equilibrio y ahora se apoyaba en él. Su mano, grande y carnosa, se apretaba contra su hombro en ademán de querer levantarse, le llegó el olor de su sudor combinado con el de la cerveza mal destilada, estaba borracho como una cuba. Se sacudió su agarre y por el rabillo vio como caía con un golpe seco en el piso de madera como un fardo pesado ante las estruendosas risotadas. Los hombres celebraban por la muerte del Niño Príncipe, al ser masacrada su ciudad, la espléndida Nasplast.

Bienvenidos a la Posada del Rey. Menudo nombre, los muy rebeldes.

Estuvo a punto de pararse y abandonar el estúpido encargo, de pronto dos platas no era suficiente para tolerar aquel estercolero de borrachos rebeldes. Pero se volvió a sentar, era incierto cuando volvería a tener dinero, él ya estaba vacío. Además, solo tendría que encargarse de su pelirrojo y ahí acababa el trato. Se puso a buscar, había esperado desde el ocaso en la barra, aguardando a que pasadas las horas y entrada la noche, su protegido estuviera en el local. Se puso a trabajar.

Echó un vistazo por sobre su espalda haciendo tintinear su cota de mallas. Atrás, el populacho se desenvolvía como solo podía hacerlo en un lugar como ese, repartido de cualquier manera en redondas mesas. Hombres y hombretones de todos los tonos, edades y colores bebían, gritaban, cantaban y algunas cosas más al son de una rápida y pegadiza canción campechana que versaba sobre un músico y la esposa del posadero. Esta vez Noah sonrió y le echó un rápido vistazo al posadero, absorto en cobrar y repartir rondas y rondas de cerveza a hombres borrachos con los mofletes sonrojados a causa de la bebida al parecer todavía no la había escuchado. Desvió su mirada hacia el alborotador intérprete parapetado muy cerca a la entrada de la taberna, donde el estuche de su laúd se abría como un cofrecillo, almacenando todas las monedas que ocasionalmente tiraban, este le regaló un guiño y se llevó discretamente el índice a los labios. Silencio que me botan, parecía decir. Noah le sonrió

Una joven camarera se paseaba entre las mesas, bailando y equilibrándose en cada mano con sendas bandejas que despedían el inconfundible olor del estofado de carne en un caldo fuerte. Sus ojos, algo poco menos que hermosos, zafiros en sus iris, brillantes y traviosos, se movían de hombre a hombre mientras con su grácil figura eludía manos que pugnaban por extraviarse bajo sus alborotadas faldas. No le hubiera puesto más de veinte por aquel dulce rostro en forma de corazón que de cuando en cuando se veía ofuscado por un par de rizos rebeldes color

miel, fugitivos en el orden de una cabellera larga y lisa que se derramaba más debajo de sus delgados hombros, casi hasta las caderas, donde unas suaves curvaturas que se dejaban adivinar por el balanceo del vestido daban inicio a unas largas piernas convenientemente ocultas. Guapísima.

Otra muchacha emergió del alboroto y le susurró algo quedamente al oído, observando de refilón si alguien las espiaba. La linda moza se internó en las cocinas por una puerta tras la barra.

Continuó escudriñando el local con un barrido. De izquierda a derecha, lo más que le permitía girar su cabeza con la espalda volteada, apreció que un número cada vez mayor de hombres se congregaban conforme envejecía la noche en pequeños grupos que solo admitían a uno o dos integrantes más y a los demás los rechazaban ignorándolos. Pedían sus bebidas a gritos, y a gritos las pagaban, apostaban y celebraban en general. Pero no todos los grupos cumplían con esa media, ese llamó su atención. Aunque cumplían con el grito estándar para las bebidas, ni bien las recibían, las depositaban ellos mismo en la mesa, impidiendo a las camareras acercarse. Sus gruesas espaldas, embutidas en cueros y mallas se cerraban en una estructura compacta, permitiendo atisbar apenas el desorden de platos a medio comer y jarras vacías entre papeles amarillentos de caligrafía elocuente pero prieta.

Poco se podía ver de esos papeles pues todos estaban inclinados, con sus barbillas casi a un palmo de la mesa, pero uno de ellos con los codos flexionados y las palmas en la mesa, se agachaba el que más. Movía los labios apresuradamente, mientras una fina película de sudor le empapaba la frente, echaba fugaces vistazos a la puerta de la posada, con la esperanza de que su interés por quienes la cruzaban pasara desapercibido. Su cabello, rojo como la sangre, ralo y sucio hasta los hombros, ofrecía un gran contraste con la palidez que se había adueñado de su rostro, que en una palabra se definiría como brusco. Sus ojos no dejaban de mirar a la puerta, asustados.

Aquel último detalle lo convenció.

Encajaba totalmente con la descripción que le había dado el Cano. Aparentemente el hombre estaba cerrando lo empezado, algunos negocios con sus acompañantes antes de que la Guardia viniera a por él. Al menos había tenido la astucia de escoger el terreno donde pelear, y de contratar uno que otro guardaespaldas de incognito. Se mojó los labios mientras dirigía su mano distraídamente a través de los pliegues de ropa que envolvían su pantorrilla, por comprobar sus armas el tacto frío, pesado y tosco de una espada corta convenientemente oculta le dio una sensación de seguridad. Barajó la posibilidad de acercarse a esa mesa y presentarse cuando el fuerte golpe de la madera contra la madera se dejó escuchar al frente suyo. Unas cuantas gotas parduzcas se estamparon contra su rostro y el inconfundible aroma que solo podía emitir la cerveza de mala

calidad le saludó como una bofetada amarga que desapareció rápidamente a través de sus fosas nasales.

Con un respingo mal disimulado de solo quien trata de encubrir un susto, alzó la vista.

Una jarra llena hasta el tope derramaba espuma desde los bordes en pequeños ríos blancos que se abrían paso lentamente a través de la manera vasta del asa, a todas luces pequeña en comparación la mano que la asía con fuerza. Unos antebrazos gruesos y atravesados por finas y pálidas cicatrices, los hombros gruesos como troncos y las espaldas anchas y dominantes. La cabeza pequeña con un enmarañado pelo rojo donde resaltaba dos ojillos azules como zafiros, astutos, lo observaban con esa mirada única que tienen los comerciantes que calibran en un vistazo cuanto más se le podía exprimir a un cliente antes de desecharlo.

Aquello lo había tomado desprevenido, se había esperado una dificultad considerable para completar el trabajo, pues solo los desesperados acudían a ese renovero de pelo blanco, pero esa feliz coincidencia sobrepasaba lo que Noah creía que era dificultad. Había dos hombres que encajaban con las ambiguas descripciones dadas más temprano.

Capítulo 3

-Quieres otra jarra— le interrumpió el posadero, desgranando cada palabra con tal tono que no tuvo duda era casi para pedir más cerveza.

Suerte la suya, además de tener que decidir entre dos pelirrojos, uno de ellos ya lo quería botar del local. Los tiempos eran difíciles para todos, sin duda.

-Verá, estoy trabajando de guardia a un tipo muy feo, de verás me gustaría emborracharme para así no poder ver el mal trabajo que hizo Dios con su rostro, pero...— murmuró lo suficientemente alto y claro como para que el posadero se sintiera remotamente aludido y así lo dejara en paz—...prefiero mantenerme sobrio y hacer las cosas bien mientras me procuro unas monedillas— al hombre se le inflaron los mofletes— umnm. Gracias.

Aun así, el posadero arrugo el rostro en respuesta. A Noah no le gustaba aquella expresión para nada, tampoco le gustaban esos brazos nervudos y gruesos como troncos, cada vez más tensos. Casi maquinalmente se llevó la mano a la pantorrilla y con el índice tanteo el filo de su arma. Casi le da ataque de risa, menuda estaba hecha si hacía todo lo contrario para lo que le habían contratado, capaz incluso terminara debiéndole al Cano. Ya puestos, si se le metía la idea de herir a esa bestia roja con el filo desenfundado, dudaba que pasara de los rasguños en ese vasto cuerpo, es que era tan grande que no sabría donde comenzar a pincharlo. No. No malinterpretéis. Él era un luchador capaz, metódico, uno no empeña su espada si no sabe blandirla, pero no dudaba en que ese hombre sería capaz de acabarlo solo con golpes puros y duros. Había que ser imbécil, dejó de acariciar el filo.

El sonido de la madera arrastrándose contra la madera llegó primero, seco, rasposo, apremiante. Ahora la jarra estaba mucho más cerca que antes, incluso podía ver las burbujas color miel que se formaban como un delgado anillo por el contorno interior.

-Aquí cada uno compra su espacio, paga o te largas— escupió el posadero a medida que se acercaba hasta que solo dos palmos separaban sus rostros. Su aliento le hizo cosquillas la nariz y arrugarla también, apestaba a humo y sudor.

-Está bien, está bien, solo déjame pensar qué debería ordenar

-Muchacho...-- empezó el posadero amenazadoramente mientras se inclinaba más. Si su tono antes era cordial, ahora tenía un matiz brusco,

muy brusco.

Pero antes de que pudiera seguir inclinándose, una mano delgada y blanca como la leche se asomó por sobre su hombro, impidiéndole seguir cerrando distancias. El posadero hizo amago de apartarla de una sacudida pero cuando volteó su cabeza, su rostro empalideció terriblemente. Noah se mostró debidamente sorprendido.

-Gretta...-- dejó al aire en un noto comedido, como cuando tratas con alguien que tiene algún tipo de dominio sobre ti. Su rostro mostraba consternación y unas gotas de sudor que, estaba seguro no eran del calor, se resbalaron de su patilla hasta la mandíbula— Cariño, déjame tratar con este tipo, te deben necesitar en las cocinas.

Noah rió flojito, ahí tenían claramente una relación de poder, para sus adentros, claro.

Ahí. Atrás del posadero, la muchacha que antes contemplaba embelesado, estaba parada, muy erguida y miraba, expectante, a su padre con los brazos en jarras.

-Papá, el joven debe tener hambre, tráele un estofado y pan de centeno para que lo moje en la cerveza— ordenó con una voz melodiosa.

El pelirrojo se dio la vuelta y sin mirar atrás, se internó en las cocinas con los hombros caídos y en un aire deprimido.

Sonrió.

La moza no le devolvió la sonrisa y con unos labios perfectos, hizo un mohín. Plantó ambas manos en la barra y se inclinó al punto de que Noah sintió su respiración ronca en el cuello, así como también el leve cosquilleo que le producían sus suaves rizos en la mejilla. No podía ver su expresión por aquella dorada cortina que le tapaba la vista, pero ella, despacio, casi como si se dirigiera a un niño que no entiende lo que debe hacer, habló.

-No te pago para que sonrías como un imbécil— dijo en voz suficientemente baja para que aquel breve dialogo adquiriera matices confidenciales, porque así lo era, su aliento le hizo cosquillas en la oreja e hizo que se le erizaran los vellos de los brazos— Hoy habrá una redada, quiero que pelees con la Guardia para que no le detengan, no la vayas a cagar, te llevan en vez de a mi padre o no hay pago y ojo, la taberna de mi padre también estará a salvo de tu revolcón con los guardias.

Empezó a alejarse lentamente, casi en un movimiento que podría considerarse seductor, premeditado. Su cabeza amplió las distancias. Su cuello liso, y suave como porcelana, fue pasando de su barbilla, a su boca, nariz y oreja a medida que se alejaba, dejándole aspirar la fragancia, en

un movimiento lento y comedido.

Como el restallido de un látigo, rápido, Noah se incorporó bruscamente, derrumbando la banca en su salto, agarró a la chica por los hombros antes de que pudiera alejarse completamente. Ella abrió más los ojos y trató de soltarse, pero aumentó su agarre sintiendo como sus manos se clavaban más en esa piel suave y frágil que se dejaba acariciar bajo ese vestido. El gesto, aunque brusco, y muy, muy, atrevido, paso extrañamente desapercibido para todo el alboroto de los hombres atrás suyo.

Noah acercó despacio su rostro al cuello de la muchacha mientras iban inhalando el perfume de su piel hasta su oreja donde sus labios la rozaron en una caricia casi inexistente. Ella se estremeció. Intentó alejarse pero se lo impidió. Habló despacio, como ella lo había hecho, sus palabras le acariciaron la mejilla, la oreja y el nacimiento del cuero cabelludo. Vio como se le erizaban los cabellos y se tensaba como un cervatillo, alerta, temerosa. Su voz sonó como el susurró de unos amantes que se amparan en el silencio de lo prohibido, e hizo temblar el sonrosado lóbulo de su oreja.

-Cuatro platas y nueve cobres, querida— la joven exhaló en un gesto que podría ser de incredulidad— Voy a armarla muy gorda con la Guardia, me golpearán por el gusto de hacerlo al final de la pele, cuando este ensangrentado en el suelo mientras tú me vez cómoda desde tu vestidito, me quitarán mi arma, me llevarán al calabozo donde me azotarán y si se dignan a dejarme con vid. No. Dame cinco platas o soy el primero en delatar a tu padre cuando abran la puerta. Capaz tenga suerte y hay recompensa.

Después de una breve vacilación, vio cómo por el rabillo como se llevaba la mano al delantal. La sacó en un puño bien cerrado y lo deposito en la palma abierta que Noah había extendido, quien no la soltó hasta sentir el tacto liso y fresco, sobretodo reconfortante, de cinco inconfundibles monedas. Tenía agallas, pero él se había comportado como un abusivo.

La muchacha se apartó y se fue. Noah levanto la banca ante la inquisitiva mirada de sus compañeros de la barra, se guardó las monedas en el saquito no sin cierto disimulo y se dedicó a esperar. La comida llegó en un momento, no la traía la guapa moza ni el posadero. El estofado dejaba un rastro estimulante a su paso, cuando se le depositó en frente, el caldo remojaba un pan crujiente de centeno. Le llenaron la cerveza sin preguntar Se le hizo agua la boca.

Noah agarro la jarra, a él solo el Cano debía pagarle, tenía siete platas pues, menuda suerte.

Capítulo 4

Interludio

-¿Y qué pasó con la chica, abuelo?

La voz, aguda, provenía de un pequeño rubio sentado en la mesa, no aparentaba más de diez años pero su corta estatura hacía dudar de eso.

-Cállate Jaskier, déjale contar al abuelo—esta vez la voz provenía de una pelirrojita de unos espectaculares ojos verdes, a diferencia del niño, sentada en una banca a su costado; trató de hacerlo callar con un movimiento de su brazo. No lo consiguió.

-¿Hicieron eso que hacen Lyra y Tom, abuelo?— insistió el rubio, curioso.

-¿A qué te refieres, hijo?— preguntó el anciano sentado en frente de los dos niños. El pelo cano y escaso se derramaba lacio alrededor de una calva incipiente en la coronilla, dándole aspecto de un buen narrador de cuentos, esos que tanto gustan a los niños. Arrugas invadían su rostro, pero no tanto como su sonrisa, amable, cansada. Más de cansado solo tenía eso y de viejo también pues sus ojos, dos cuencas oscuras, tenían un brillo travieso que la vida no había conseguido apagar, y seguramente apremió a continuar al niño.

-Eso de "ahh" o "oh" o "ahí no, Tomy"—aclaró el jovenzuelo con un brillo igual de travieso, todo inocentón.

Acompañado de una pantomima, donde agarraba con sus pequeñas manos la nuca inexistente de una amante, igualmente inexistente, y hacía ruiditos con los labios, como si la estuviera besando.

_ ¡Jaskier!— gritó la pelirroja, de repente tan colorada y roja como su cabello, las pecas de su nariz y que le rodeaban los ojos habían desaparecido— ¡Lyra te dijo que no se lo contaras a nadie!

Al parecer lo gritó muy fuerte.

-¡Noah! Qué le estas contando a los niños- la voz atravesó la estancia en un instante, autoritaria, desde detrás de la barra.

La posada se encontraba a oscuras en apariencia, eso si la hubieran visto desde afuera. Una solitaria vela brillaba en la mesa donde tres figuras se agazapaban, de pronto temerosas, las llamas solo alcanzaban a iluminar hasta los muebles y perfilaban, en un juego de sombras, varias mesas y sillas pulcramente limpias, como si nadie las hubiera usado en días pero la costumbre de limpiar al despuntar el ocaso se hubiera impuesto a los

tiempos.

Las ventanas y las puertas se encontraban cerradas a cal y canto, como si los ocupantes temieran a los espectros que rondan en la noche, espectros humanos, ningún aire circulaba, pero ahí nada era solo calor y aunque la cera de la vela se derramaba por el calor de la llama, dejando gotas blancas y duras en la limpia mesa, todo se sentía increíblemente fresco.

El pequeño rubio se cubrió la boca con las dos manos, intentando sofocar una risa, sus cabellos se agitaron en sus convulsiones. El viejo también rió, pero abiertamente, se le colorearon las mejillas y le temblaron los mofletes. La pelirroja no le tomó tanta gracia, empalideció y le sacó la lengua al niño que se reía ahora sin tapujos. Los sonidos llenaron la estancia, antes llena de silencio y el crepitar de las llamas. No se escuchaba nada de afuera, porque no se podía, ni un sonido. Era su guarida. Ese momento. Estaban a salvo del mundo.

-No te preocupes querida, solo una pequeña historia antes de dormir para nuestros pequeños invitados— dijo el anciano con una mirada elocuente a los dos niños, la vela arrancó destellos a su cota de mallas oxidada que por la forma en que se ajustaba a su frágil cuerpo, estaba acostumbrada a usarlo.

-Sí, pero Jaskier no quiere guardar silencio— dijo la pelirroja, haciendo un mohín con sus labios sonrosados.

- Ya, está bien, pero solo quería saber que hizo con la chica— se defendió el muchacho encogiendo los hombros.

-Calmaos, calmaos, publico, déjenme seguir contando, porque se llevarán una grata sorpresa...--dijo con un guiño y con los brazos extendidos, como si se dirigiera a una multitud— de lo que paso después de que... no, no, no, de lo que paso antes de que...--- Las voces se perdieron en el silencio que se adueñaba de la posada, un silencio que no podía ser llenado con palabras.

Capítulo 5

-Su compañero es mujer. — Interrumpió.

-...— ÚltimoJuglar paró la narración. Con el ceño fruncido miró al dueño de la voz chillona, infantil, sus rasgos eran difusos a la luz de las hogueras. Pero indudablemente era un niño. Esos que les gusta interrumpir una buena historia antes de escucharla completa. Sí. Tú.

Soltó un sonoro bufido, estaba rompiendo con el ambiente mágico que había estado creando.

-Lo sé, pero así es la introducción a la historia.

-Pero dijiste que era hombre, que Jaskier tenía un compañero hombre. Pero todos sabemos que tiene una compañera. Todos sabemos que..

-Lo sé...— empezaba el narrador. Publico difícil. La guerra hacía más realista a la gente, ya no se tragaban los cuentos tan fácilmente, como antes. Eran más incrédulos, lo que antes creían como cuentos eran ahora sus verdades, los cuentos que en el pasado escuchaban a la luz de las hogueras morían con la sangre de la realidad. Pero cuando acaban las historias ya no queda nada. Por eso continuaba. Por eso aún se esmeraba ÚltimoJuglar.

-Pero...—de nuevo el niño.

-Cállate—dijo juglar y continuó con la historia.